

EL NUEVO PERFIL DE LAS MUJERES RURALES JÓVENES EN

COLOMBIA

Documentos de Trabajo del programa Nuevas Trenzas

María Adelaida Farah
Ana María Ibáñez
Ximena Peña
María Alejandra Arias
Juan Sebastián Muñoz
Andrea Caro
Andrea Henao

Documentos de Trabajo del programa Nuevas Trenzas, 03

El nuevo perfil de las mujeres rurales jóvenes en Colombia

© IEP Instituto de Estudios Peruanos
Horacio Urteaga 694, Lima 11
Telf: (51-1) 332-6194/424-4856
Correo-e: <publicaciones@iep.org.pe>
URL: <www.iep.org.pe>

© Nuevas Trenzas

Documento de Trabajo 178, ISSN: 1022-0356
Serie Programa Nuevas Trenzas, ISSN 2306-8655

ISBN: 978-9972-51-378-7 (Versión impresa)
ISBN: 978-9972-51-379-4 (Versión digital)

Impreso en Perú
Primera edición en español: Lima, enero de 2013
Primera impresión
150 ejemplares

Diseño editorial: StockInDesign.com
Fotografía en contracarátula: Joana Toro (Barrancabermeja, Santander, Colombia)

Distribución Gratuita

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2013-02620

El nuevo perfil de las mujeres rurales jóvenes en Colombia. María Alejandra Arias, Andrea Caro, María Adelaida Farah, y otros. Lima, IEP; Nuevas Trenzas, 2013. (Documento de Trabajo, 178. Serie Programa Nuevas Trenzas, 3)

1. MUJERES RURALES; 2. DESIGUALDAD SOCIAL; 3. EXCLUSIÓN SOCIAL; 4. POBREZA; 5. MUJERES JÓVENES; 6. COLOMBIA

WD/14.04.02/N/3

CONTENIDOS

Resumen ejecutivo.....	4
Introducción.....	5
1. Las mujeres rurales jóvenes en Colombia	10
2. Principales hallazgos y evolución de la brecha de desigualdad.....	14
3. Retos y perspectivas de futuro	36
Conclusiones	40
Bibliografía.....	42

RESUMEN

EJECUTIVO

4

Este documento caracteriza las mujeres rurales jóvenes colombianas en cuatro dimensiones fundamentales: capital humano, contextos de vida, estrategias de vida y vínculos con el Estado. Las tendencias encontradas para las mujeres rurales jóvenes se compararon con las de otros grupos pertinentes: hombres rurales jóvenes (para estudiar la brecha de género), con mujeres urbanas jóvenes (brecha de lugar de residencia), con mujeres rurales mayores de 35 años (brecha generacional), y separando a las mujeres rurales jóvenes y sus familias entre las pobres y las no pobres (brecha de pobreza). Los resultados muestran que las brechas de género y de lugar de residencia (urbano-rurales) son las más significativas para casi todas las variables analizadas. La alta vulnerabilidad de las mujeres rurales jóvenes y la creación de un estereotipo urbano parecieran crear un esquema de incentivos que fomenta la migración como una estrategia de mitigación de desigualdad. Así pues, se documenta un proceso de migración rural-urbana sustancial para un creciente número de mujeres rurales jóvenes, que no está presente en otros grupos, y que está generando un desbalance de géneros de tal manera que en las áreas rurales hay más hombres, y en las urbanas más mujeres.

En el análisis usamos una aproximación de métodos mixtos. Para el análisis cuantitativo se utilizaron datos de cuatro encuestas diferentes: Gran Encuesta Integrada de Hogares 2010 (GEIH), Encuesta de Calidad de Vida 2010 (ECV), Encuesta Nacional de Demografía y Salud 2010 (ENDS) y Latin American Public Opinion Project 2008 (LaPop). Por su lado, la recolección de información del componente cualitativo se hizo a través de cinco grupos focales, ocho hogares de estudios de caso y seis entrevistas, en dos municipios de Colombia entre marzo y abril de 2012.

INTRODUCCIÓN

Históricamente, América Latina ha sido una región que presenta uno de los mayores niveles de desigualdad del mundo. Colombia se destaca como uno de los países más desiguales, no solo en América Latina sino también en el mundo. Según Naciones Unidas, en 2011 Colombia exhibía un coeficiente de Gini de 58, lo cual situaba al país en el cuarto lugar dentro del ranking de países más desiguales del mundo, solo por debajo de Comores (64.3), Haití (59.5) y Angola (58.6).

5

La discriminación y exclusión de grupos de la población es una de las causas de la desigualdad. Las mujeres rurales jóvenes¹, objeto de este informe, es uno de los grupos que enfrentan una alta vulnerabilidad ya que confluyen para este grupo diversas desigualdades que se acumulan. En Colombia el grupo de mujeres rurales jóvenes representa el cuatro por ciento de la población total, es decir, hay alrededor de 1'700,000 mujeres rurales entre los 14 y 35 años. En este grupo, el 25 por ciento tiene entre 14 y 17 años, el 40 por ciento entre 18 y 25, y el restante 35 por ciento entre 26 y 35. Las mujeres rurales jóvenes son más vulnerables a la pobreza: aunque en el país el nivel de pobreza es alrededor de 45 por ciento, más de la mitad de las mujeres rurales jóvenes viven en hogares considerados pobres. La situación es aún peor para las más jóvenes: de las mujeres rurales jóvenes entre 14 y 17, el 62 por ciento son pobres. De la misma manera, el 53 y 56 por ciento de las mujeres rurales entre 18 y 25 y entre 26 y 35 son pobres, respectivamente.

1 Definimos jóvenes como la población entre 14 y 35 años.

La población femenina joven rural es un grupo numeroso que constituye un porcentaje no despreciable de la población total del país. Los bajos niveles educativos, un alto número de hijos y una prevalencia de hogares monoparentales, evidencian condiciones de alta vulnerabilidad. Sin embargo, los estudios sobre las mujeres rurales jóvenes son escasos.

Este documento contribuye a caracterizar la situación y la cotidianeidad de las mujeres rurales jóvenes. Para ello, el documento aborda dos temas. Primero, examina las condiciones de vida de las mujeres rurales y lleva a cabo comparaciones con otros grupos para identificar sus posibles desventajas. En particular, se contrastan sus condiciones con cuatro grupos: (i) mujeres rurales mayores (35 en adelante); (ii) mujeres jóvenes de áreas urbanas; (iii) hombres jóvenes de áreas rurales; y (iv) mujeres rurales con distintos niveles de ingresos. Al comparar a las mujeres con las diferentes generaciones de mujeres rurales, se identifican cambios en el tiempo entre las diferentes generaciones de mujeres rurales. Las diferencias entre las mujeres y los hombres rurales de las mismas generaciones permiten establecer si las diferentes dinámicas sociales se presentan de manera diferenciada según condición de género. Los contrastes con las mujeres jóvenes urbanas permiten examinar las divergencias de desarrollo entre las áreas urbano-rurales para grupos del mismo género y la misma generación. Por último, la división de las mujeres rurales jóvenes por niveles de pobreza permite establecer correlaciones entre los avances de las dimensiones estudiadas y el ingreso.

Segundo, el documento explora las dinámicas que pueden estar cambiando las condiciones de las mujeres rurales y sus perspectivas. En particular, se discute cómo la situación de vulnerabilidad de las mujeres rurales promueve estrategias para mitigar la pobreza y huir de las dinámicas de exclusión que están con un mayor arraigo en las áreas rurales. Los resultados sugieren que la migración constituye uno de los principales mecanismos mediante el cual estas mujeres intentan escapar de la discriminación acumulada de la que son objeto y buscar una nueva realidad con más oportunidades.

El estudio combina análisis cuantitativo y cualitativo. Para el primero se utilizan cuatro encuestas de hogares: Gran Encuesta Integrada de Hogares (GEIH) de 2010, la Encuesta de Calidad de Vida (ECV) de 2010, la Encuesta Nacional de Demografía y Salud (ENDS) de 2010, y LaPop (Latin America Public Opinion Project) de 2008. Dichas encuestas son representativas de las áreas urbanas y rurales del país. Las dos primeras son encuestas realizadas por el Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE) de Colombia, la tercera por Profamilia y la última por la Universidad de Vanderbilt, la Universidad de los Andes y el Observatorio de la Democracia. Por su lado, para el análisis cualitativo, se realizó trabajo de campo en dos municipios del país entre marzo y abril de 2012: Puente Nacional (Santander) y Purificación (Tolima).

Esto permitió obtener información a través de cinco grupos focales, ocho hogares estudios de caso y seis entrevistas en profundidad.

Estos casos de estudio se eligieron por dos razones. Además de estar ubicados en regiones distintas del país, se presentan dinámicas económicas diferentes. Puente Nacional cuenta con alrededor de 18.000 habitantes de los cuales 12.400 son rurales y 5.600 viven en la cabecera municipal. Históricamente, su principal actividad económica había sido la agricultura. Sin embargo, ésta ha ido perdiendo su dinámica en el municipio, y por ello se ha comenzado a fomentar el sector turístico. Por su parte, Purificación tiene alrededor de 28.600 habitantes: 11.800 rurales y 16.800 ubicados en la cabecera municipal. Entre sus rubros económicos más importantes se encuentran las actividades agropecuarias. También hay explotaciones petroleras en la región, lo que le imprime cierta dinámica económica, demográfica, laboral y social al municipio.

Dos limitaciones de los datos se deben tener en cuenta al analizar los resultados. En primer lugar, si bien las encuestas son representativas a nivel nacional, los tamaños de muestra para las áreas rurales no son lo suficientemente grandes. Esto reduce la precisión estadística si queremos estudiar aspectos puntuales de grupos muy particulares, y se realizan subdivisiones para los distintos grupos que se analizan, pues el tamaño de cada 'celda' no es suficientemente grande. Con el fin de evitar derivar conclusiones con una alta imprecisión estadística, el informe no lleva a cabo comparaciones cuando la muestra se torna muy pequeña. Es así que no se estiman diferencias entre pobres y pobres extremos y para algunas subdivisiones no se presentan los resultados por considerarlos poco confiables.

En segundo lugar, los resultados se basan en la definición oficial de ruralidad del DANE y en una definición modificada. Según la definición del DANE, un área rural "se caracteriza por la disposición dispersa de viviendas y explotaciones agropecuarias existentes en ella. No cuenta con un trazado o nomenclatura de calles, carreteras, avenidas, y demás. Tampoco dispone, por lo general, de servicios públicos y otro tipo de facilidades propias de las áreas urbanas". Dado que esta definición no cubre áreas con una alta predominancia de actividades rurales, se llevaron a cabo los mismos cálculos para las regiones "rurales ampliadas", que cubren todas aquellas zonas con más del 35 por ciento de la población empleada en labores agropecuarias. No obstante, esta nueva definición era difícil de unificar en las cuatro fuentes de datos utilizadas y dificultaba la comparación a nivel internacional. En consecuencia, este documento basa su análisis en la definición rural oficial. Sin embargo, los resultados usando la definición alternativa de ruralidad son cualitativamente iguales a los resultados usando la definición oficial, y están disponibles al lector interesado.

Los resultados del trabajo revelan que persiste una evidente vulnerabilidad de las mujeres rurales jóvenes y un menor acceso a los mercados laborales y a los servicios sociales. El análisis encuentra que tres fenómenos se correlacionan con las condiciones actuales de las mujeres rurales jóvenes. Por un lado, el hecho de ser mujeres y la división tradicional de roles que se observa en las zonas rurales, con las consiguientes exigencias en términos del tiempo dedicado a las labores del hogar y cuidado de niños, les dificulta la entrada al mercado laboral. Asimismo, si bien las mujeres rurales jóvenes son más educadas y trabajan un mayor número de horas que los hombres rurales, no presentan tasas de empleo más altas y perciben menos ingresos que ellos. En contraste con las mujeres jóvenes urbanas, el rezago escolar es mayor, tienen más hijos, son más proclives a convivir en pareja, son más pobres, y tienen muchos menos vínculos con el Estado.

8

Debido a la vulnerabilidad que enfrentan en diversos frentes y cuyos efectos se acumulan, surge la migración como una estrategia de mitigación de pobreza. En efecto, en las zonas urbanas hay una mayor proporción de mujeres (39% de la población total) que de hombres (37% de la población total), mientras que en los campos hay una mayor presencia masculina (13% de la población total son hombres frente al 11% que son mujeres). Esta es la segunda idea fundamental que surge de los resultados y que se explorará en una investigación posterior más detallada. Las mujeres rurales jóvenes ven en la migración una opción viable y deseable. Dado el cambio de lugar de residencia, el hecho de migrar ayuda a las mujeres rurales jóvenes a escapar de la división tradicional de roles tan marcada en las zonas rurales, y les permite tener una vida más 'moderna'. De esta manera, esta población migrante se constituye como agentes de cambio social creando dinámicas que fomentan una nueva urbanidad. La inserción de las mujeres rurales en la vida urbana, el impacto de la migración sobre sus condiciones de vida y el efecto sobre las familias rurales que dejan a atrás, no se analiza en este documento. Los cambios en sus estilos de vida, las nuevas oportunidades, y hasta las dinámicas en el interior de su hogar son elementos que se profundizarán en un posterior estudio cuantitativo más detallado que también se publicará como parte de la serie de documentos de trabajo del programa Nuevas Trenzas.

Es importante aclarar que, a lo largo de este documento, el análisis se concentra en la migración económica y el desplazamiento forzoso no se analiza. La migración económica tiene lugar cuando las personas toman la decisión voluntaria de cambiar su lugar de residencia con el fin de encontrar mejores oportunidades económicas, mientras que el desplazamiento forzado es obligado. Este documento busca caracterizar las brechas de las mujeres rurales que no están relacionadas directamente con el conflicto armado colombiano, y mostrar cómo la migración voluntaria es una estrategia para mitigar dichas brechas. Por esta razón, y teniendo en cuenta que el desplazamiento

forzoso es resultado del conflicto interno que el país ha enfrentado por más de 40 años, este documento no lo tiene en cuenta².

El grupo de investigación autor de este documento está conformado por Ana María Ibáñez, Ximena Peña, Juan Sebastián Muñoz, María Alejandra Arias, María Adelaida Farah, Andrea Caro y Andrea Henao. Las primeras cuatro personas pertenecen al Centro de Estudios sobre Desarrollo Económico de la Facultad de Economía de la Universidad de los Andes, y las siguientes tres a la Facultad de Estudios Ambientales y Rurales de la Pontificia Universidad Javeriana.

2 Para el lector interesado en el desplazamiento forzoso se recomiendan los siguientes documentos: Ibáñez, and A. Moya (2009). "Vulnerability of Victims of Civil Conflict: Empirical Evidence for the Displaced Population in Colombia". *World Development* 38(4): 647-663; Ibáñez, A.M and A. Velasquez (2009) "Identifying Victims from Civil Conflicts: An Evaluation of Forced Displaced Households in Colombia" *Journal of Peace Research* 46(3); Ibáñez, A.M (2009) "Forced Displacement in Colombia: Magnitude and Causes" *The Economics of Peace and Security Journal* 4(1) y, Engel, S. and A.M. Ibáñez (2007) "Displacement Due to Violence in Colombia: A Household Level Analysis" *Economic Development and Cultural Change* 55(2): 335-365.

LAS MUJERES RURALES JÓVENES EN COLOMBIA

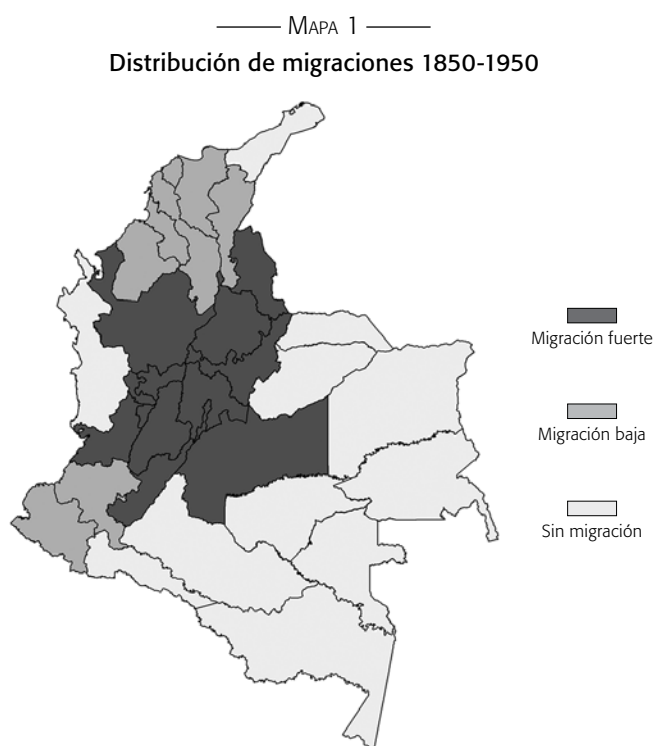
10

Las dinámicas de migración en Colombia, resultado de los procesos de desarrollo económico, políticas de colonización y el conflicto armado, han derivado en un país predominantemente urbano. Por ejemplo, mientras que en 1970 el 46 por ciento de población habitaba en zonas rurales, para el 2010 esta cifra se redujo a 24 por ciento. Esta predominancia urbana es particularmente fuerte para las mujeres, quienes migran a la ciudad presumiblemente a buscar mejores oportunidades económicas y escapar de las tradicionales divisiones de género de las áreas rurales. Las condiciones de las mujeres rurales en la actualidad parecen estar determinadas en cierta medida por estas dinámicas migratorias y los procesos de urbanización del país.

A diferencia de otros países, Colombia parece haber experimentado una situación particular en cuanto a las migraciones y el poblamiento de sus territorios durante el último siglo y medio. Las rápidas colonizaciones de algunos vastos territorios baldíos, la falta de integración de otros, y la consecuente migración de retorno a los centros urbanos, fueron hechos claves que tuvieron efecto, no solo sobre la distribución espacial de la población, sino también sobre la inserción del país a la economía mundial. Estos fenómenos sociales tuvieron y tienen un impacto sobre la distribución geográfica de las mujeres jóvenes colombianas.

Como plantean Legrand (1988) y Tovar (1995), desde mediados del siglo XIX una fuerte oleada de migrantes irrumpió en territorios baldíos de los departamentos de Tolima, el viejo Caldas, los Santanderes, parte de la Costa Atlántica, y el norte del Meta, entre otros. En efecto, las regiones centrales del país fueron colonizadas dando

espacio a un proceso de democratización de la tierra, que incentivó la titulación de una amplia cantidad de territorios. Este éxodo se mantuvo hasta bien entrado el siglo XX y, al igual que en sus primeras oleadas, se enfatizó en territorios de la zona central o andina. No obstante, durante este mismo periodo, regiones como el Putumayo, Arauca, el Amazonas, y demás territorios del sur de Colombia se mantuvieron despoblados, ya que experimentaron pocos procesos de colonización. Así pues, como muestra el mapa 1, el país creó una brecha territorial entre las regiones del centro y las regiones del sur.



Fuente: Legrand (1988) & Tovar (1995). Cálculos propios de los autores.

A pesar de tener procesos de colonización exitosos y, así, nuevas regiones pobladas, la integración real del territorio por parte del estado fue un proceso sumamente deficiente a lo largo de todo este periodo (Safford y Palacios, 2002). Estas nuevas poblaciones habitadas contaron con poca presencia estatal debida, en parte, al pequeño tamaño del naciente estado colombiano. En las regiones con poca colonización, la presencia estatal fue aún menor comparado con el resto del país. Las políticas estatales se concentraron en las pocas zonas urbanas, dejando de lado al resto de territorios rurales.

Para mediados del siglo XX, Colombia tenía un alto porcentaje de su población habitando las áreas rurales y unos pequeños centros urbanos no muy poblados. Sin embargo, debido a la débil presencia institucional y a la expansión del conflicto armado, el orden de la migración se invirtió y los centros urbanos comenzaron a recibir grandes oleadas de migrantes. Ahora, las personas dejaron de ir hacia los territorios baldíos (los cuales, según Legrand (1988) ya no existían en las zonas centrales del país) y comenzaron a migrar de vuelta a la ciudad. Durante toda la segunda mitad del siglo, e incluso hasta la actualidad, los centros urbanos acogían personas que, por diversos motivos, decidían probar suerte abandonando el campo.

En el transcurso de sesenta años, Colombia pasó de ser un país rural a ser un país con una predominancia de población urbana. Incluso, aproximadamente 18 por ciento de la población habita exclusivamente en la ciudad capital, Bogotá. Dicho valor es comparable con México, donde casi un quinto de la población habita en Ciudad de México, aunque es inferior al caso de Argentina, donde una proporción sustancial de la población habita en Buenos Aires. En la actualidad, Colombia es un país cuya población se concentra mayoritariamente en las trece principales zonas metropolitanas. Tal como lo muestra la Gráfica 1, solo un quinto del total de la población del país habita en zonas rurales. La población restante habita en cabeceras municipales o en las trece grandes ciudades.

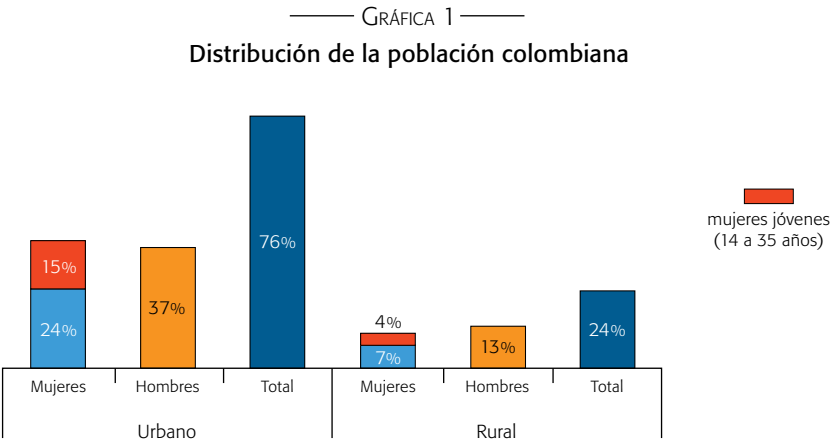
12

De toda esta población predominantemente urbana, un poco más de la mitad son mujeres. Además, las mujeres tienden a concentrarse más en las ciudades, en comparación con los hombres (ver Gráfica 1). En efecto, el 39 por ciento de la población total del país son mujeres que habitan los centros urbanos, mientras que un 37 por ciento son hombres que residen en la misma área. Por el contrario, el 13 por ciento de la población total son hombres que viven en las zonas rurales y el 11 por ciento son mujeres que viven en estas mismas zonas. Esto evidencia una diferencia del dos por ciento, equivalente a mujeres que habitan las ciudades y no habitan los campos, que nosotros asociamos con el proceso de migración rural-urbano.

Con respecto a la población femenina joven, es claro que viven con mayor frecuencia en las áreas urbanas. Cerca del 19 por ciento de la población total del país son mujeres entre 14 y 35 años. De este 19 por ciento, el 15 por ciento son mujeres jóvenes urbanas y el restante cuatro por ciento son mujeres jóvenes rurales (ver Gráfica 1). Esto, por supuesto, tiene profundos efectos sobre la composición de los hogares rurales, y sobre el mercado del matrimonio tanto en áreas rurales como en urbanas, por el desbalance generado en términos de proporción de género.

En general, es claro que Colombia es un país mayoritariamente urbano con una alta preferencia de las mujeres, en especial las jóvenes, por los centros urbanos en

comparación con los rurales. La población objetivo del presente escrito son ese restante cuatro por ciento de mujeres rurales jóvenes quienes, a pesar de tener grandes incentivos económicos para abandonar los campos y concentrarse en habitar las ciudades, no lo han hecho.



PRINCIPALES HALLAZGOS Y EVOLUCIÓN DE LA BRECHA DE DESIGUALDAD

2.1. Capital humano

14

En esta sección, se exploran tres aspectos fundamentales que afectan a las mujeres rurales jóvenes y, de esta manera, aumentan tanto la brecha entre hombres y mujeres como la brecha entre zonas urbanas y rurales. Estos tres aspectos están relacionados con la acumulación de capital humano y las decisiones de fertilidad, que pueden constituir obstáculos en la vida cotidiana de las mujeres jóvenes rurales colombianas y, así, fomentar estrategias de generación de ingresos. El bajo logro educativo en zonas rurales, la diferencia en el número de hijos y la decisión de ser soltera, son elementos que afectan la situación de las mujeres rurales jóvenes y pueden incentivar la migración. En todo caso, las mujeres rurales jóvenes se sitúan en una situación de desventaja frente a otros grupos y esto puede requerirla creación de estrategias que mitiguen su vulnerabilidad.

2.1.1. Logro Educativo

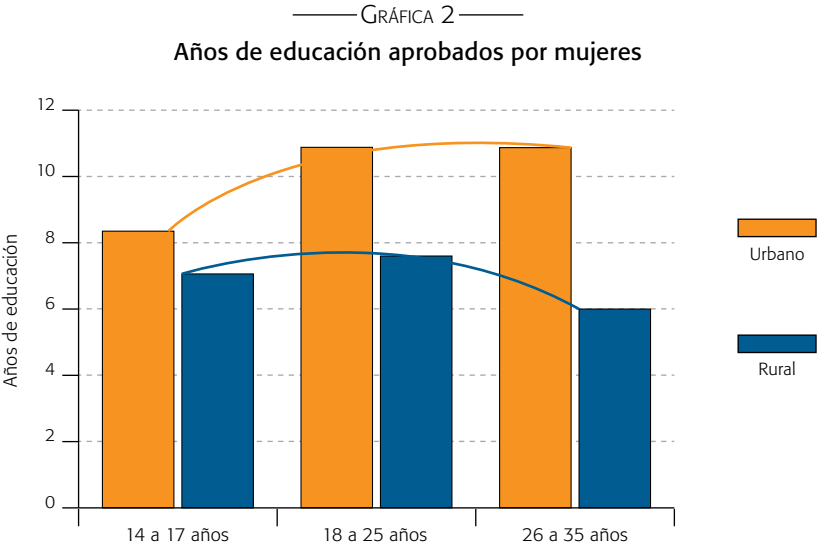
Una realidad que afecta la situación de las mujeres rurales jóvenes es el bajo logro educativo de las personas en el campo. En Colombia, la principal brecha educativa existente se da entre habitantes de las zonas urbanas y rurales. En cuanto a la brecha de género, las mujeres acumulan un mayor número de años de educación que los hombres, tanto en zonas urbanas como rurales.

Como lo muestra la Gráfica 2, la brecha educativa entre el área urbana y rural se traduce en diferencias marcadas entre los 14 y 17 años y aumenta para las personas

con más edad. En cuanto a educación primaria y básica, se evidencia la existencia de una brecha relativamente pequeña (un año de educación). Sin embargo, a medida que pasa el tiempo, las mujeres rurales acumulan una menor cantidad de años de educación comparadas con las mujeres urbanas. El logro educativo en cuanto a educación universitaria, profesional, o técnica, es sustancialmente más bajo también en zonas rurales que en zonas urbanas.

Hay dos factores que dificultan que las mujeres y los hombres rurales puedan ingresar a la universidad. El primero, es la baja calidad de la educación en los colegios en las zonas rurales, que hace que estén en desventaja en relación con jóvenes de colegios urbanos para competir por un cupo universitario. El segundo factor está relacionado con la concentración de las universidades en las zonas urbanas. Para que un joven rural pueda ir a la universidad, sus padres o ellos mismos deben poder costear, no solo los costos de matrícula, sino el vivir en otro municipio o ciudad. Con frecuencia, los padres no pueden costearlos o ellos mismos no se pueden financiar, puesto que los ingresos que logran obtener en el municipio o en la ciudad no son suficientes. A esta situación también se le suma que no existe un mecanismo público de becas que permita que los jóvenes continúen sus estudios. Adicionalmente, en el trabajo de campo cualitativo, muchas mujeres rurales jóvenes manifestaron que cuando logran entrar a la universidad, no siempre lo hacen en las carreras que quieren, sino en las que finalmente pueden ingresar, en parte porque son las que ofrecen las universidades que tienen a su alcance.

15



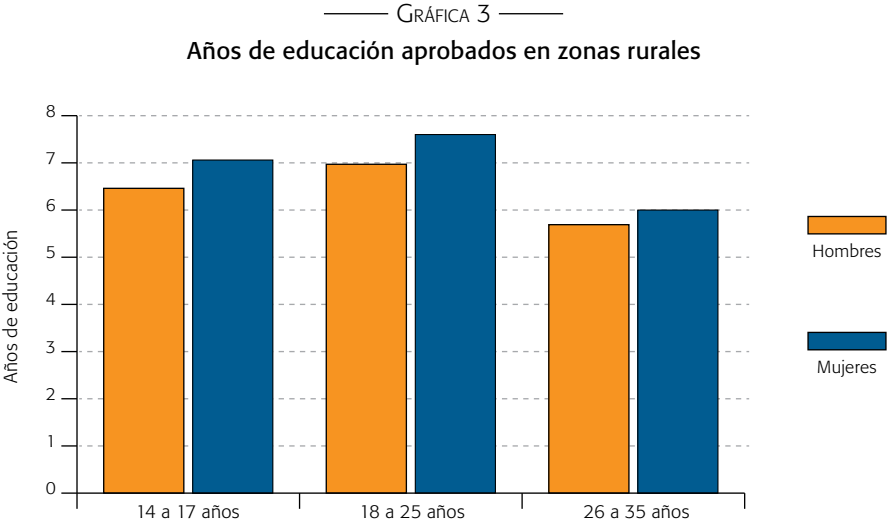
Fuente: GEIH 2010

Dado que las mujeres rurales estudian un menor número de años que las urbanas, pueden iniciar su vida laboral a una edad más temprana. Los años de experiencia laboral potencial³ son mucho más altos en zonas rurales que en urbanas. Así pues, las mujeres urbanas tienden a dedicarse más al estudio, mientras que las mujeres rurales se dedican más a otras actividades, en especial a las labores del hogar.

Al observar este mismo indicador entre hombres y mujeres rurales, se destaca que las mujeres tienen mayor logro educativo. La Gráfica 3 indica que, sin importar el rango de edad, las mujeres tienden a acumular una mayor cantidad de años de educación. Durante los grupos focales en Puente Nacional y Purificación, varias manifestaron que las mujeres rurales alcanzan más años de estudio que los hombres debido a características individuales (“las mujeres son más persistentes”, “las mujeres son más responsables”) o a que sus padres las apoyan para que estudien. Incluso, es posible que el hecho de que la joven sea única hija, única mujer entre varios hermanos o la hija menor, lleve a que se privilegie su dedicación al estudio. Es interesante encontrar esta percepción cualitativa de las jóvenes en el sentido de que, no solo no hay discriminación en el interior del hogar en contra de ellas, sino que los padres pueden incluso privilegiar el estudio de las hijas mujeres. Las mujeres rurales jóvenes creen en la importancia que las mujeres estudien “para salir adelante”, “para ser alguien en la vida” y porque “el motor para salir adelante es el estudio”. Para las mujeres que participaron en el componente cualitativo, también es importante que los hombres jóvenes estudien, pero manifestaron que ellos no quieren hacerlo, a pesar de todas las facilidades que ofrecen (por ejemplo a través del programa colombiano de transferencias monetarias condicionadas, Familias en Acción). Evidencia en varios países muestra que es más fácil para los jóvenes de esa edad conseguir trabajos remunerados que para las jóvenes, quienes con frecuencia realizan labores no remuneradas.

Asimismo, en la Gráfica es evidente que las personas de 18 a 25 tienen un mayor nivel educativo que los de 26 a 35. Esto implica que la nueva generación ha invertido en educación mucho más que la anterior, lo que se ha traducido entre 1,5 y casi dos años más de educación en promedio en tal solo una década. En términos de educación, las brechas entre generaciones y por lugar de residencia son más grandes que la brecha de género.

3 La definición estándar en economía de experiencia laboral es la edad menos los años de educación menos cinco.



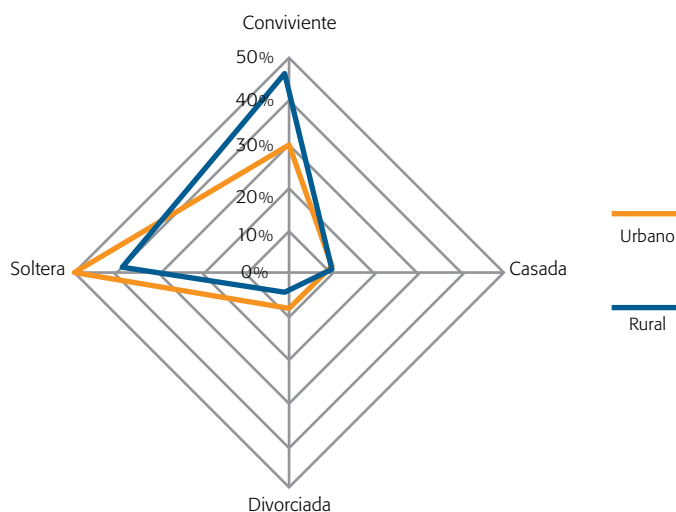
En conclusión, la brecha educativa más amplia es entre las áreas rurales y urbanas. Sin embargo, este diferencial se concentra aún más en la población entre 26 y 35 años. Las diferencias entre las zonas urbanas y rurales es de un año de educación para las mujeres entre 14 y 17, y de cuatro años de educación para las mujeres de 26 a 35, cuyo acceso a la educación fue presumiblemente menor. Al comparar entre géneros, se observa que las mujeres logran un mayor logro educativo, pero dicha brecha no es tan amplia como entre áreas urbanas y rurales; la brecha de género, es de un año de educación sin importar el rango de edad. Para las entrevistadas, el mayor logro educativo de las mujeres rurales jóvenes obedece a un cambio de mentalidad de las nuevas generaciones pues aducen que antes no era tan importante que las mujeres estudiaran “porque los papás le daban todo”, “porque los hombres eran los que trabajaban” y “porque los hombres eran para el estudio y para el trabajo, las mujeres eran para la casa”, pero ahora sí.

17

2.1.2. Estado civil y número de hijos

Las decisiones de educación, fertilidad y estado civil están relacionadas. En comparación con las mujeres urbanas, las mujeres rurales son menos educadas, más proclives a convivir en pareja y a tener más hijos. En efecto, el hecho que una mujer joven rural no estudie implica que esta se dedica a alguna otra labor, tal como el trabajo remunerado o no remunerado. Incluso, la menor educación reduce las oportunidades económicas y puede incentivar más a una mujer a formar un hogar y a depender económicamente de una pareja. Tal como lo muestra la Gráfica 4, cuando se compara con las mujeres urbanas, las mujeres rurales tienden mucho más a convivir con alguien antes que mantenerse solteras.

GRÁFICA 4
Distribución de la población femenina joven por estado civil



Fuente: GEIH 2010

18 Algunas de las mujeres entrevistadas consideran importante convivir con una pareja para dar estabilidad emocional a sus vidas y a la de sus hijos. Otras afirman que cuando una mujer tiene pareja la respetan, mientras que el ser soltera da pie a que las irrespeten. Además, varias mujeres jóvenes creen que el matrimonio hace que los hombres “cojan seriedad y maduren” y “se vuelvan más juiciosos”. Así, en contraposición a las rurales, las mujeres urbanas permanecen solteras con más frecuencia, especialmente entre los 14 y 25 años. Sin embargo, las mujeres rurales manifiestan que prefieren la unión libre que el matrimonio, porque éste último es costoso y porque creen que cuando las parejas se casan, la relación se daña y acaba. Añaden que las cosas ahora han cambiado: antes, las mujeres se tenían que casar para que un hombre las mantuviera económicamente. Ahora ellas manifiestan: “¿Quién dijo que para que una mujer salga adelante se tiene que casar?” También es claro que el divorcio es más prevalente en las zonas urbanas que en las rurales.

Las mujeres rurales y urbanas no solo difieren en la decisión de convivir, sino también en las decisiones de fertilidad. En promedio las mujeres rurales jóvenes tienen casi el doble de hijos que las urbanas. La Gráfica 5 representa la brecha en cantidad de hijos⁴ entre urbano y rural. Para las mujeres rurales jóvenes tener hijos es natural y

4 Estos datos solo contabilizan hijos que viven con sus madres.

consideran que son importantes porque le dan sentido a la vida y felicidad: “los hijos son como el motor de uno, el diario vivir”, “es importante, para no tener miedo a la soledad” y “son una bendición de Dios.”

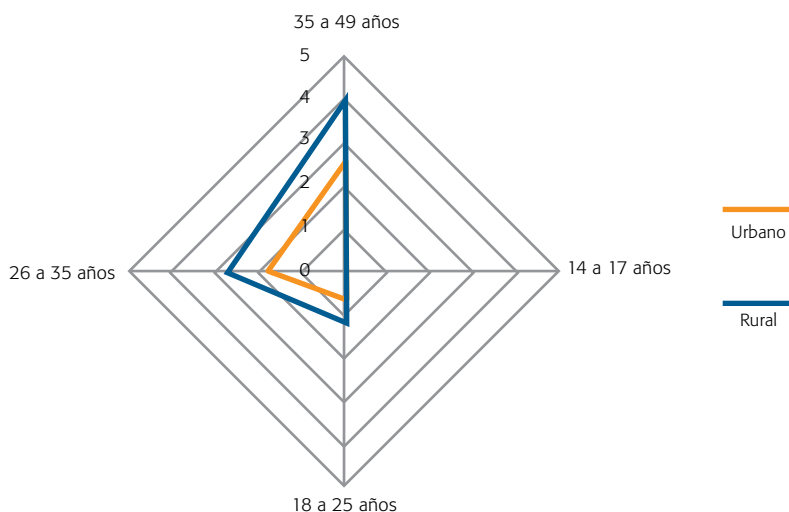
También existen diferencias marcadas entre las mujeres urbanas y rurales por rangos de edad. Si bien no hay grandes diferencias para las más jóvenes, empieza a notarse una diferencia entre el número de hijos promedio de las mujeres urbanas y rurales entre 18 y 25 años. Esta brecha se amplía hasta llegar al grupo de mujeres que hoy en día tienen entre 35 y 49 años, donde las diferencias son sustanciales: 2,71 hijos en las zonas urbanas, comparado con 4 en las zonas rurales. Pese a que las mujeres rurales jóvenes que formaron parte del componente cualitativo, manifestaron que los hijos hay que tenerlos con responsabilidad y “a su tiempo”, dicen que se observan muchos embarazos adolescentes. Las más jóvenes no usan métodos anticonceptivos por “el qué dirán” y en las mayores de 18 años muchos embarazos ocurren por fallas en su uso o porque los buscan conscientemente para llenar vacíos familiares y afectivos. Las mujeres que participaron en el trabajo cualitativo afirmaron que el aborto no es considerado como una opción para los embarazos de las mujeres jóvenes.

Para algunas mujeres jóvenes, su trayectoria de estudio se ve truncada o pospuesta porque quedan embarazadas, especialmente aquellas adolescentes o muy jóvenes. Algunas jóvenes que están estudiando en Innovar⁵ en Purificación dicen que “un hijo no puede ser el impedimento para seguir estudiando”, pero la realidad es que muchas adolescentes rurales que quedan embarazadas interrumpen sus estudios. En cambio, las mujeres rurales jóvenes ven en general a los hombres rurales jóvenes poco responsables en relación con los hijos y, por lo tanto, piensan que la paternidad no les trunca sus posibilidades de estudio.

Es evidente que las mujeres rurales tienen más hijos y, como veremos más adelante, se dedican más al hogar comparado con las urbanas. Esto último marca una brecha entre zonas urbanas y rurales la cual afecta, casi que exclusivamente, la cotidianidad femenina. Las mujeres rurales, dados sus bajos niveles educativos en comparación con las mujeres urbanas, las arraigadas normas sociales y las menores oportunidades económicas, dedican más tiempo al hogar al unirse con más frecuencia y tener un mayor número de hijos. Estas diferencias tan claras afectan en gran medida la brecha entre las mujeres rurales y las mujeres urbanas, causando en las primeras mayor dependencia en términos de labores del hogar. En los grupos focales, las mujeres jóvenes rurales afirman que muchas no pueden trabajar o dejan de hacerlo porque tienen hijos pequeños.

5 Innovar, Institutos de Innovación Regional, son espacios que buscan proveer a cada región un centro de estudios, reflexión y formación, particularmente para los jóvenes.

GRÁFICA 5
Promedio de número de hijos



Fuente: ENDS 2010

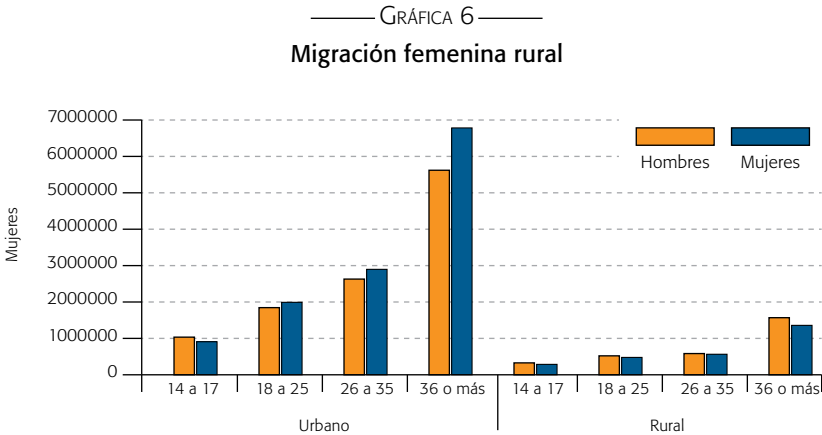
2.1.3. Migración rural

20

Esta situación de vulnerabilidad de las mujeres rurales parece determinar una decisión de vida fundamental: el lugar de residencia. Al observar la distribución de la población entre las áreas urbanas y rurales por sexos, se distingue una profunda presencia femenina en las ciudades. Por el contrario, la presencia masculina es más alta en el campo. En la Gráfica 6 se muestra la distribución de la población por sexos y por distribución geográfica. En las zonas urbanas (panel izquierdo) hay una mayor cantidad de mujeres, mientras que en las rurales (panel derecho) hay una mayor cantidad de hombres. Estos resultados parecen evidenciar una migración femenina a las ciudades, que inicia desde edades tempranas. Estas diferencias del lugar de residencia son sustanciales para el grupo de personas que tiene más de 36 años.

El trabajo de campo cualitativo da luz sobre dos posibles causas de esta migración. Primero, las mujeres migran a la ciudad en busca de mejores oportunidades económicas y para escapar de las tradicionales divisiones de género de las áreas rurales. Ellas manifiestan que migran a ciudades, particularmente a Bogotá, en búsqueda de trabajo porque en los municipios “no hay oportunidades para surgir como persona”, “en el campo las mujeres están sometidas” y porque en la ciudad se valora más el trabajo, por lo que pueden conseguir mejor remuneración que en el municipio. Sin embargo, las jóvenes rurales también reconocen que los costos de la vida en la ciudad son más altos. El tipo de trabajo que consiguen en la ciudad depende de las conexiones de

amistad y familiares, y del nivel educativo. Algunas mujeres también mencionaron que en la ciudad hay más oportunidades, tanto para hombres como para mujeres, de conseguir trabajo en algo relacionado con lo que se estudia. Segundo, las mujeres rurales jóvenes migran a las ciudades por el estudio, lo que no es tan común para los hombres, quienes migran sobre todo por trabajo. Incluso, las mujeres migran porque tienen la posibilidad de estudiar y trabajar al mismo tiempo.



Fuente: GEIH 2010

Si bien migrar a la ciudad les causa temor por el trato que pueden recibir de las personas que viven allí y por tener que enfrentarse a otras realidades, como vivir solas, a las mujeres jóvenes también les genera curiosidad e interés conocer otras situaciones. Parte de su deseo de migrar es cambiar de forma de vida, tener más libertad e independencia. Algunas de las jóvenes que migran tienen hijos, pero no se trasladan con ellos sino que los dejan con los abuelos, pues piensan que en la ciudad los niños aprenden malas costumbres. Aunque la migración a las ciudades es una vía que las jóvenes rurales utilizan para encontrar mejores opciones laborales, migrar no es necesariamente lo que quieren hacer, lo que está muy atado a los hijos. Además, ellas dicen que se vive mejor en el municipio por la tranquilidad, la comodidad y la seguridad, y que aunque paguen mejor en la ciudad, el costo de vida es menor en el pueblo.

La migración de los y las jóvenes rurales es muy fomentada por sus padres, quienes los motivan a estudiar y luego irse a la ciudad para que ‘no tengan la misma vida que ellos’, que no se queden sembrando en el campo, y no tengan futuro. Esto es un reflejo de un modelo de desarrollo imperante en Colombia, según el cual lo urbano es lo deseable y quedarse a vivir en un territorio rural es ser atrasado. Esto ha generado que los y las jóvenes muestren menos interés en participar en actividades del campo y se pierdan los conocimientos transmitidos durante generaciones. Sin embargo,

muchas veces los anhelos de estos jóvenes chocan con una realidad urbana, que no siempre les ofrece unos ingresos que les permitan cubrir los gastos de la ciudad.

2.2. Contextos de vida

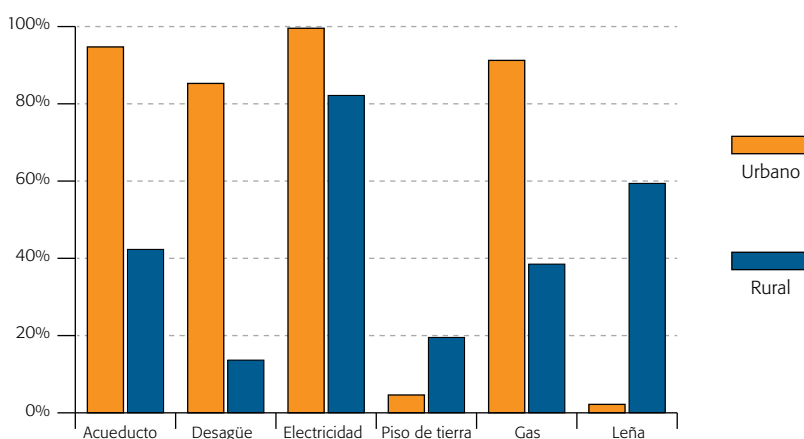
Esta sección analiza dos aspectos de los contextos de vida de las mujeres rurales que pueden estar contribuyendo a ampliar algunas brechas: la deficiencia en servicios públicos y la decisión de ser madre soltera. El primer fenómeno afecta la brecha entre urbano y rural, mientras que el segundo afecta la brecha de pobreza. Es importante investigar esta dimensión de las mujeres rurales jóvenes puesto que las disparidades en estos aspectos no solo las afectan a ellas de manera directa sino también a sus hijos, por ejemplo, en menores niveles de educación y peores indicadores de salud. En el largo plazo, esto termina por traducirse en menores ingresos futuros de los niños.

2.2.1. Deficiencia rural en servicios básicos

La baja dotación de bienes públicos es un fenómeno que afecta la situación de las zonas rurales en general. Las zonas urbanas cuentan con mayor acceso a recursos básicos, como el acueducto y los sistemas de desagüe, que son esenciales en la salud de las personas. En la Gráfica 7 se expone la brecha en acceso a servicios públicos entre el campo y la ciudad. Aunque esta brecha ha tendido a disminuir en el tiempo, sigue habiendo diferencias importantes en el acceso a servicios públicos entre las zonas rurales y urbanas.

GRÁFICA 7

Acceso a servicios públicos en hogares donde mujeres son jefes o cónyuges



Fuente: GEIH 2010 y ECV 2010

Es evidente la diferencia en acceso al acueducto, al desagüe, y al gas domiciliario. Asimismo, se destaca la presencia de piso de tierra y hornos de leña en las zonas rurales. Esta diferencia en servicios públicos tiene un efecto directo sobre la salud. Por ejemplo, la falta de agua potable tiene un impacto en el desarrollo de los niños, debido a la mayor incidencia de enfermedades diarreicas y el uso de leña es causa de enfermedades respiratorias agudas, que afectan especialmente a aquellas mujeres que utilizan este tipo de estufas para cocinar.

Pese a la desigualdad en el acceso a servicios públicos, los datos revelan que la electricidad es el servicio público con menores disparidades de abastecimiento entre el campo y la ciudad. Esto implica que las personas rurales tienen acceso a medios de comunicación como la radio y la televisión, las cuales transmiten información que incentiva la migración. Los estereotipos de una urbanidad llena de oportunidades pueden llegar a motivar a las mujeres a dejar su situación de vulnerabilidad y migrar hacia las ciudades. De esta manera, puede haber una relación entre la provisión de servicios públicos y la creación de un imaginario colectivo sobre un “sueño urbano”. Esta situación evidencia claramente cómo la brecha urbano-rural fomenta la migración, transmitiendo a las jóvenes rurales su situación de vulnerabilidad y diferencia. Las mujeres rurales jóvenes que hicieron parte del trabajo cualitativo afirmaron que hay dos incentivos fundamentales para migrar: estudio y trabajo. Argumentan que en áreas urbanas es más fácil estudiar y trabajar en lo que ellas realmente quieren.

23

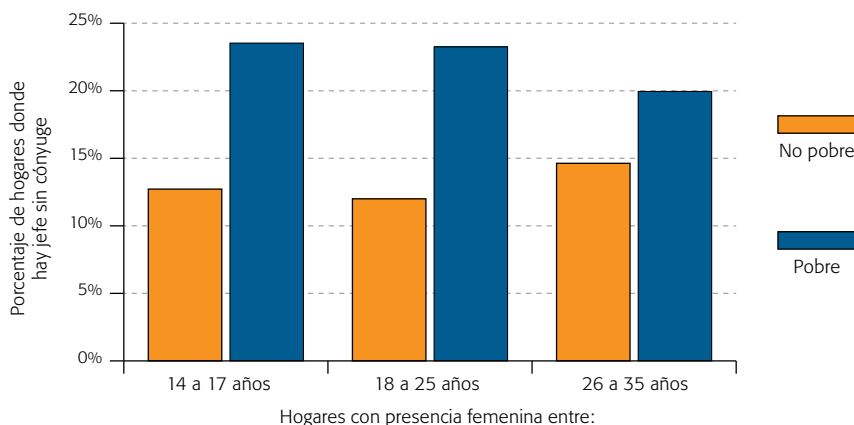
2.2.2. Madres solteras

El fenómeno de las madres solteras es más frecuente entre las mujeres que viven en hogares considerados pobres, que en los no-pobres. La Gráfica 8 ilustra los porcentajes de mujeres que son jefe de hogar sin cónyuge por nivel de pobreza en zonas rurales. Se observa que hay una menor proporción de madres solteras en zonas rurales que en urbanas.

Se destaca que, conforme aumenta el ingreso, el porcentaje de madres solteras decrece. En este caso, hay que preguntarse cuál es la dirección de la causalidad. Por un lado, es claro que el criar niños con un solo ingreso es más difícil que con dos. Por tanto, ser una madre soltera aumenta la probabilidad de caer en la pobreza. Por el otro, es posible que las mujeres pobres tengan menor acceso a educación, lo que a su vez lleva a falta de información o a menores posibilidades laborales, por lo que la maternidad puede convertirse en un plan de vida. Es posible, por ejemplo, que exista alguna relación con el desconocimiento y el acceso a los métodos de planificación familiar o incluso temas culturales. Dentro del trabajo cualitativo se mencionó que las más jóvenes no usan anticonceptivos por el “qué dirán” mientras que las mayores de 18 años presentan fallas en el uso de éstos o buscan de manera consciente un

hijo para llenar vacíos emocionales. Según la ENDS 2010, para las mujeres casadas o unidas no existe diferencia en el uso actual de anticonceptivos entre el mundo urbano y el rural. Sin embargo, pese a que los métodos anticonceptivos son cubiertos por el Plan Obligatorio de Salud (POS), existe una diferencia en el uso de los mismos por nivel de riqueza. Tres cuartas partes de las mujeres con índice de riqueza más alto usan métodos anticonceptivos comparado a un 67 por ciento de las mujeres con índice de riqueza más bajo. La diferencia respecto a métodos de planificación familiar no está relacionada con la ubicación geográfica de la personas sino con el nivel de riqueza, afectando así la brecha entre pobres y no pobres. De esta forma, se podría pensar que la diferencia en el número de hijos se encuentra más relacionada con los temas culturales que por el acceso a anticonceptivos.

GRÁFICA 8
Hogares en zonas rurales



Fuente: GEIH 2010

En el trabajo de campo participaron varias madres jóvenes sin pareja. Varias de ellas manifestaron la dificultad que ha sido criar hijos sin una pareja, no solo por lo económico sino también por la falta de tiempo para cuidarlos adecuadamente y por la ausencia de una figura paterna. Por ejemplo, una mujer en el grupo focal en Puente Nacional dijo que si ella no se hubiera separado, cree que su hija adolescente no hubiera quedado embarazada, ya que ella tenía que trabajar y su hija permanecía mucho tiempo sola. Algunas mujeres de este grupo focal afirmaron que "a los hijos les hace falta el papá como apoyo, también les da respeto a los hijos". Dado el esfuerzo que significa criar hijos solas, es posible que las madres solteras jóvenes migren a las ciudades buscando generar más ingresos. En estos casos, la migración impacta la estructura del hogar y el desarrollo infantil en el largo plazo. Por lo general, la madre soltera migra sola y envía remesas periódicamente, mientras que sus hijos se quedan

con los abuelos. La falta de los padres durante la infancia puede afectar el desarrollo de los niños en el futuro.

2.3. Estrategias de vida

Una de las mayores disparidades existentes entre hombres y mujeres, que se acentúa en el mundo rural, es la diferencia en experiencia en el mercado laboral. En particular, las tasas de participación, desempleo e ingresos devengados del mismo, son una fuente importante de diferencia entre hombres y mujeres y entre las zonas urbanas y rurales. Primero, presentaremos las diferencias en la vinculación a los mercados laborales urbanos y rurales, y después expondremos las diferencias entre sexo en términos de ingresos. Los resultados evidencian la doble desventaja que enfrentan las mujeres rurales, por el hecho de ser mujeres y habitar en las áreas rurales.

2.3.1. Mercado laboral

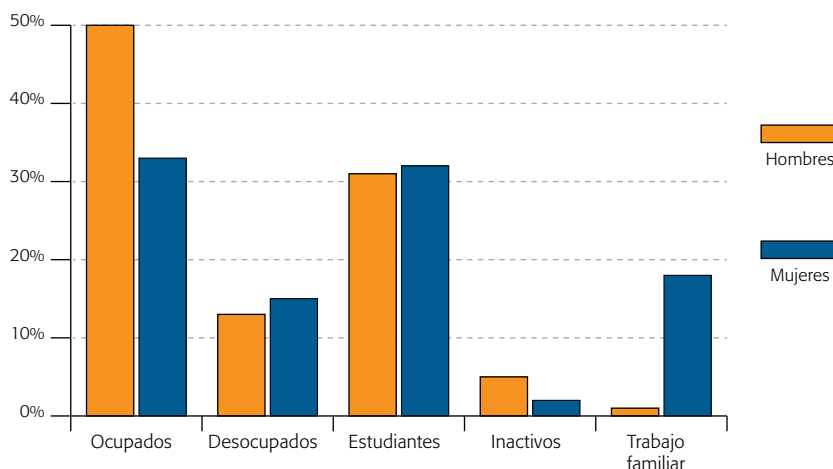
El desempeño en los mercados laborales exhibe las mayores disparidades en contra de las mujeres rurales jóvenes. Las diferencias son causadas no solo por pertenecer al mundo rural sino también por el mismo hecho de ser mujeres. Es decir, para las mujeres colombianas es difícil acceder al mercado laboral comparado con los hombres y estas dificultades se profundizan en las áreas rurales. En el trabajo de campo se evidenciaron diferencias sustanciales entre lo que las mujeres rurales jóvenes aspiran en términos laborales y lo que realmente pueden hacer en los contextos donde viven. Ellas quieren trabajar para tener sus propios ingresos y ser independientes, pero estos deseos difícilmente son satisfechos en las áreas rurales. Durante el trabajo cualitativo, las jóvenes manifestaron que encontrar trabajo es difícil y que cuando lo encuentran, muchas veces no se ofrecen buenas condiciones laborales, en términos por ejemplo de prestaciones sociales.

Dos fenómenos particulares caracterizan la situación laboral de las mujeres rurales jóvenes. Por un lado, la inactividad en términos laborales, es decir, la no participación en los mercados laborales. Una gran proporción de las mujeres colombianas en general se encuentran fuera del mercado laboral. Las tasas de participación femeninas, a pesar de haber aumentado mucho en las últimas décadas, están bastante por debajo de las masculinas. La proporción de mujeres inactivas se debe a la alta carga de trabajo familiar, lo que dificulta el manejo del tiempo e imposibilita la entrada al mercado laboral. Por otro lado, las mujeres que logran insertarse a dicho mercado se enfrentan a tasas de desempleo mayores que las del sexo opuesto.

En la Gráfica 9 se presenta la distribución de las personas entre 16 y 24 años por actividad laboral. Además de evidenciar la mayor cantidad de hombres ocupados, se debe hacer un fuerte énfasis en el tipo de inactividad femenina. Al unir inactivos y trabajo familiar, la inactividad es mucho más frecuente en las mujeres. Sin embargo,

al entender al trabajo familiar como una actividad diferente a dicha inactividad, la situación cambia. Las mujeres aparecen como inactivas porque se dedican a labores del hogar, mientras los hombres están, en efecto, inactivos. Varias participantes de los grupos focales, manifestaron que algunas mujeres jóvenes rurales no ganan directamente ningún ingreso porque están dedicadas exclusivamente a las labores domésticas no remuneradas. Bajo esta situación, el esposo generalmente les da dinero periódicamente para gastos personales y familiares. Esta predominancia de trabajo femenino dedicado al hogar aumenta en los estratos más bajos, mientras que en los altos tiende a desaparecer.

GRÁFICA 9
Actividades de jóvenes entre 16 y 24 años

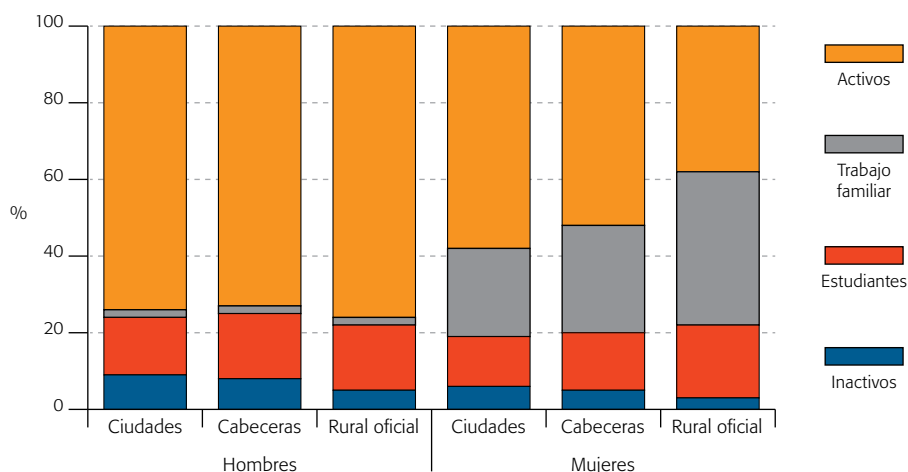


Fuente: GEIH 2010

Este patrón se profundiza al observar las personas que habitan en zonas rurales. En la Gráfica 10 presentamos la distribución de la población en edad de trabajar⁶ (PET) en Colombia. La gráfica corrobora lo presentado en la Gráfica 9 con respecto al trabajo familiar y a la inactividad masculina. Asimismo, se comprueba que las mujeres ubicadas en áreas rurales se dedican más al cuidado de su hogar que las urbanas. Cabe enfatizar que en el campo hay, proporcionalmente, casi el doble de mujeres dedicadas al trabajo familiar, mientras que en las zonas urbanas hay más mujeres participando activamente en el mercado laboral. Esto pareciera indicar que la división tradicional de roles por género es aún más frecuente en las regiones rurales.

6 La Población en Edad de Trabajar se define como aquellas personas mayores a 10 años en zonas rurales y mayores a 12 años en zonas urbanas.

— GRÁFICA 10 —
Distribución de la Población en Edad de Trabajar (PET)

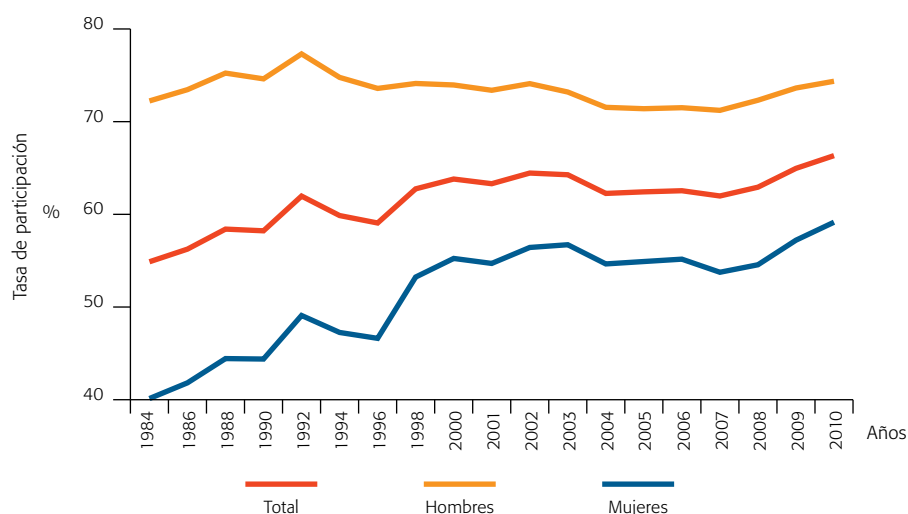


Fuente: GEIH 2010

Sin embargo, en las últimas décadas, las mujeres colombianas se han insertado cada vez más al mercado laboral. Como lo demuestran las gráficas anteriores, esto no significa que la participación laboral masculina sea igual a la femenina, sino que se ha presentado un incremento en la inserción a los mercados laborales por parte de estas últimas. La Gráfica 11, describe la trayectoria de la tasa de participación femenina de 1984 al 2010. El aumento en la tasa de participación femenina del 40 por ciento en 1984 a casi el 60 por ciento en el 2010 demuestra esa mayor inserción femenina. Las mujeres rurales jóvenes empiezan, por lo general, a ganar algunos ingresos a temprana edad para ayudarse con sus gastos personales, dado que en muchos casos sus padres no alcanzan a cubrir todo. Algunas trabajan los fines de semana o en las tardes ayudando en las plazas de mercado, tiendas, recogiendo frutas, haciendo trabajos domésticos y preparando comidas. No obstante, persiste una diferencia en términos de actividad explicada, principalmente, por la dedicación femenina a las labores del hogar. Este problema es aún más agudo en las zonas rurales, lo cual refleja una brecha muy grande entre sexos y entre las regiones rurales y urbanas.

GRÁFICA 11

Tasa de participación de personas entre 14 y 35 años en áreas metropolitanas



Fuente: EH y GEIH (1984-2010)

Pese a lo anterior, además de ser activas en el mercado laboral, las mujeres son en muchos casos las responsables de realizar actividades no remuneradas en el interior del hogar. Esta situación de doble actividad genera una mayor carga para las mujeres, ya que trabajan en total, incluyendo las labores en el mercado laboral y en actividades no remuneradas, más horas a la semana que los hombres. En palabras de las mujeres en los grupos focales, la vida de un hombre en el campo es más simple que la de una mujer, ya que él no tiene que realizar actividades domésticas como ella, aunque se levanten a la misma hora. En la Tabla 1 se presenta el promedio de horas semanales destinadas por hombres y mujeres a actividades remuneradas y no remuneradas. Si bien los hombres trabajan más tiempo por fuera del hogar, en el agregado son las mujeres quienes trabajan más tiempo en el día. La diferencia es de diez horas semanales, lo que, al contarse mensualmente, equivale a una semana más de trabajo por mes. Cuando se examina para las áreas urbanas y rurales (Tabla 2), se evidencia que las mujeres del campo le dedican más tiempo al trabajo no remunerado mientras que las mujeres urbanas le dedican más tiempo al trabajo remunerado. En ambos casos, sin importar su ubicación, las mujeres trabajan más que los hombres.

— TABLA 1 —
Distribución del uso del tiempo (horas)

	Trabajo remunerado	Trabajo no remunerado	Total
Hombres	48,5	13,1	61,6
Mujeres	40,4	32,0	72,4
Diferencia	8,1	18,9	10,8

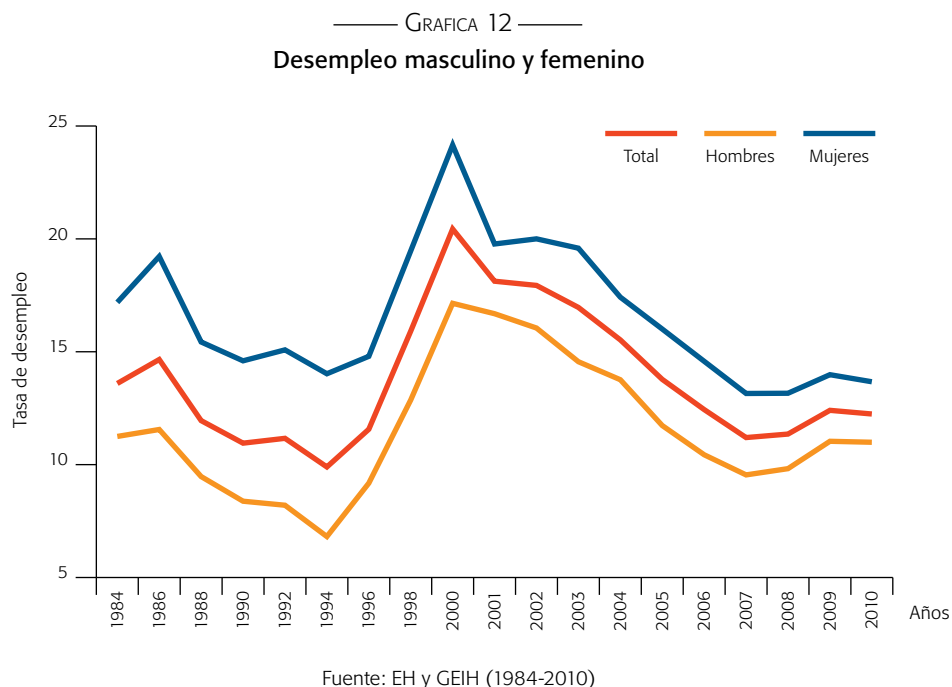
Fuente: DANE 2011

— TABLA 2 —
Distribución del uso del tiempo (horas) por urbano y rural

		Trabajo remunerado	Trabajo no remunerado	Total
Urbano	Hombres	50,4	12,2	62,6
	Mujeres	41,8	30,4	72,2
	Diferencia	8,6	18,2	9,6
Rural	Hombres	46	12	58
	Mujeres	33,6	35	68,6
	Diferencia	12,4	23	10,6

Fuente: GEIH 2010

Además de esto, las mujeres que deciden participar en los mercados laborales enfrentan mayores dificultades para encontrar empleo, pese a tener mayores niveles educativos. Según la Gráfica 12, en los últimos años ha existido una diferencia de cinco puntos entre el desempleo masculino y el femenino en las zonas metropolitanas. Las mujeres son excluidas del mercado laboral por el simple hecho de ser mujeres, elevando así las tasas de desempleo femenino. Esta exclusión es atenuada por otros aspectos como capacitación y disponibilidad de tiempo.

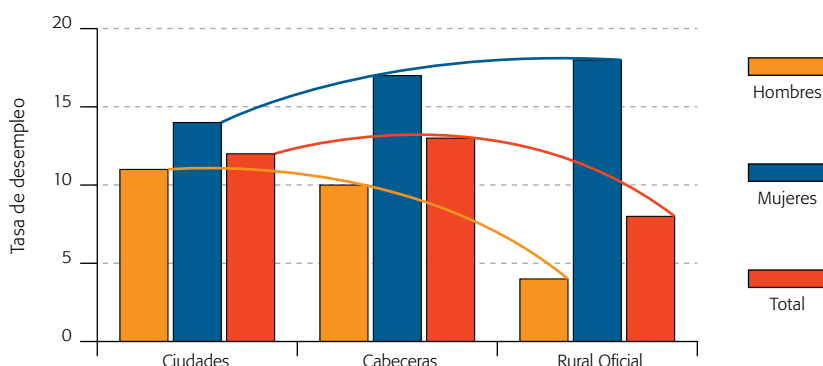


30

Sin embargo, así como en el caso de la inactividad, esta situación se concentra más en las zonas rurales. La Gráfica 13 mide el porcentaje de hombres y mujeres desempleadas en el 2010, desagregando por ubicación geográfica. Se destacan dos fenómenos particulares. En primer lugar, el desempleo femenino es mayor al masculino, sin importar la ubicación geográfica. En segundo lugar, en las zonas rurales el desempleo femenino aumenta mientras que el masculino decrece. En las trece principales zonas metropolitanas existe una diferencia entre hombres y mujeres de cinco puntos, consistente con la Gráfica 12. Pero, al analizar las zonas rurales, se encuentra que esta diferencia se duplica (al 10% de diferencia). De esta forma, es claro que el desempleo femenino aumenta en las zonas rurales y que perjudica, en particular, a las mujeres rurales.

Estas dos variables propias del mercado laboral (la inactividad y el desempleo) reflejan una situación muy clara. Si bien en las zonas urbanas las mujeres tienen peores niveles en los indicadores laborales, en las zonas rurales el rezago es aún más grande. La situación de vulnerabilidad y de dependencia de las mujeres rurales puede generar incentivos para la migración femenina del campo a la ciudad. Las mujeres del campo trabajan más y tienen muchas menos oportunidades a la hora de encontrar empleo rural. Sin embargo, al migrar a las ciudades, estas compiten mejor que los hombres en los mercados laborales urbanos dado que su experiencia laboral satisface mejor la demanda de trabajo urbano (Calderón, Gáfaró, & Ibáñez, 2011).

— GRÁFICA 13 —
Tasa de desempleo (toda la población)



Fuente: GEIH 2010

Con respecto a las vacaciones, ni hombres ni mujeres que residen en áreas rurales tienen muchos momentos para el descanso, dado que, como las mujeres dijeron en los grupos focales y entrevistas, “las labores del campo no dan espera”. Sin embargo, algunas veces se levantan un poco más tarde los fines de semana. En contraste, los hombres y mujeres rurales jóvenes que viven en el casco urbano se levantan más tarde que aquellos de las veredas. Para las mujeres que participaron en el trabajo componente cualitativo, esto obedece en gran parte a que los jóvenes urbanos cuentan con electrodomésticos que “simplifican” las labores domésticas.

31

2.3.2. Diferencia en ingresos

La vulnerabilidad de las mujeres rurales frente a sus contrapartes urbanas u hombres rurales se evidencia aún más cuando se comparan los ingresos. Las mujeres rurales reciben ingresos menores que los hombres. El trabajo cualitativo da luz sobre las posibles causas de esta situación. Las mujeres entrevistadas manifestaron que cuando una mujer trabaja en la agricultura, le pagan lo mismo que a un hombre. Sin embargo, para los trabajos agrícolas generalmente contratan hombres, pues no solo tienen más fuerza para trabajar sino también una mayor disponibilidad de tiempo. Por el contrario, los trabajos a los que se dedican a las mujeres, como por ejemplo cocinar en un restaurante, son menos valorados económicamente que los de los hombres y les pagan menos que el jornal diario que ellos reciben. De esta manera se podría pensar que hay desigualdad de remuneración por tipo de actividad, pero no abiertamente por género. Los datos de la ENDS (2010) van en la misma dirección que lo que manifestaron las mujeres en el componente cualitativo: el 62,3% de las mujeres rurales trabajan en el sector de ventas y servicios, mientras que únicamente el 22,6% lo hacen en la agricultura.

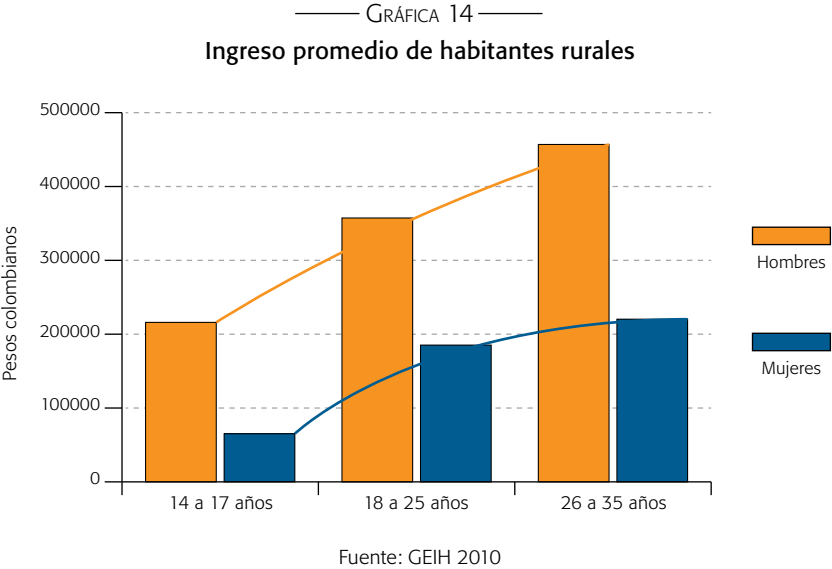
En la Gráfica 14, se presentan los ingresos promedio entre hombres y mujeres⁷. Para las personas entre 14 y 17 años, los hombres ganan un poco más de cuatro veces que las mujeres. A medida que aumenta la edad, esta brecha se profundiza ya que los ingresos para las mujeres entre 18 y 25 y 26 y 35 años permanecen casi constantes, mientras que para los hombres aumenta. Esto se produce porque un año más de vida de los hombres hace que los ingresos crezcan más que un año más de vida de las mujeres. Una de las fuentes de ingresos que se ha vuelto común para las mujeres más pobres de Colombia, tanto en las veredas como en los cascos urbanos, es el subsidio del programa Familias en Acción para la educación y nutrición de los hijos pequeños que están estudiando.

32

Este programa ofrece un apoyo monetario directo condicionado al cumplimiento de compromisos por parte de la familia. En educación, los menores deben asistir a los centros educativos, y en salud, deben cumplir las citas de control de crecimiento y desarrollo que se les han programado. Dado que el subsidio se otorga a familias de bajos recursos, indígenas o desplazados, es posible pensar que la cantidad en efectivo que reciben es una parte importante de los ingresos de la familia. En este caso, el subsidio podría representar un alivio para los hogares, pues podrían utilizar el ingreso que viene de fuentes diferentes al programa para cubrir otras necesidades. Sin embargo, el cumplimiento de las metas de educación y salud a las que se comprometen las familias al recibir el subsidio, lleva implícitos unos costos que en algunos casos podrían ser más altos que el mismo subsidio. Estos costos incluyen el pago al centro educativo, el transporte a la escuela o colegio y al centro de salud donde les han programado la cita, alimentos adecuados para satisfacer las metas de crecimiento de los niños, entre otros. Además de los costos monetarios, las familias enfrentan costos de oportunidad. Por ejemplo, deben llevar los niños a las citas en vez de trabajar la tierra o hacer las labores del hogar. Es así como no es posible saber, sin hacer una investigación más a fondo, cuál es el efecto de Familias en Acción sobre los ingresos de los hogares.

Las mujeres en Colombia, independiente de su nivel de educación y de sus características socio-demográficas, ganan menos en promedio que los hombres (Hoyos, Ñopo, & Peña, 2010). Asimismo, estas diferencias en los ingresos aumentan cuando una mujer tiene hijos. Según Peña & Olarte (2010), las madres ganan 9,4 por ciento menos que las mujeres que no son madres. Esto puede explicar parcialmente los resultados de la Gráfica 14.

7 En este caso solo tuvimos en cuenta a aquellas personas que perciben algún monto. Es decir que aquellos que tienen un ingreso igual a cero fueron dejados por fuera del análisis.



Estos datos proveen evidencia adicional de las desventajas que enfrentan las mujeres. Los resultados concuerdan con las conclusiones del informe de las Naciones Unidas con respecto a las mujeres rurales colombianas, para el 2011: “Las habitantes rurales de Colombia están excluidas de la vida económica, social y política por ser mujeres, por ser pobladoras del campo y por el impacto desproporcionado que sobre ellas genera el conflicto armado y otras formas de violencia”. Las mujeres rurales trabajan más, tienen menos oportunidades, y ganan menos en comparación los hombres y con las mismas mujeres urbanas.

Pinzón, Santander, Colombia | Fotografía: Róger Triana.

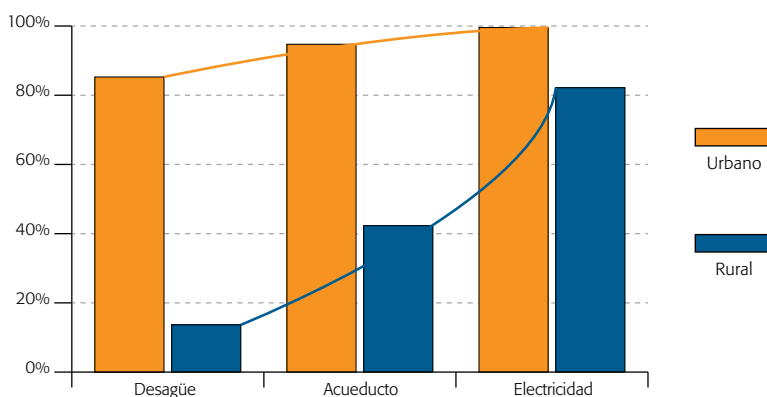


2.4. Vínculos con el Estado

El objetivo de esta sección es proveer evidencia adicional sobre la brecha entre las áreas urbanas y rurales, a través de la provisión de servicios estatales. La débil presencia estatal en las áreas rurales parece derivar en una mayor desvinculación estatal para los pobladores rurales. Sin embargo, habría que hacer dos precisiones: (i) esta brecha parece ser menor para las nuevas generaciones y (ii) no parece haber una diferencia entre hombres y mujeres respecto a la cercanía con el Estado.

En la Gráfica 15, se presenta el acceso a servicios básicos provistos por el Estado, desagregando entre áreas rurales y urbanas. Hay una diferencia significativa con respecto a los temas relacionados con el agua. Con respecto al desagüe y al acueducto las diferencias son amplias. Mientras que en las zonas urbanas más del 80 por ciento de los hogares tienen desagüe, en el campo solamente el 15 por ciento posee este servicio. De igual manera, en las zonas urbanas casi el 85 por ciento de las personas tienen acceso a acueducto, mientras que en las zonas rurales solo un poco más del 40 por ciento. Estos datos reflejan una diferencia considerable en el acceso a los servicios básicos del Estado.

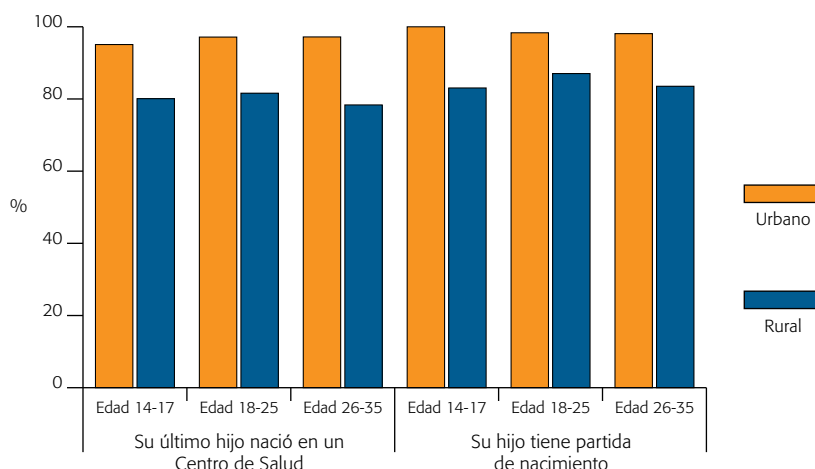
GRÁFICA 15
Acceso a servicios públicos en hogares donde mujeres son jefes o cónyuges



Fuente: GEIH 2010

Al analizar el porcentaje de personas cuyos hijos nacieron en un centro de salud o el porcentaje de personas cuyos hijos tienen partidas de nacimiento, se evidencian diferencias entre las áreas urbanas y rurales, aunque no tan grandes como en el caso anterior. En la Gráfica 16 presentamos esta brecha para ambos indicadores. En zonas rurales, la presencia de instituciones públicas es menos frecuente. Sin importar la edad, existe una brecha casi constante de alrededor del 20 por ciento entre las regiones rurales y urbanas.

— GRÁFICA 16 —
Brecha en vínculos estatales



Fuente: GEIH 2010

Al indagar por los vínculos con el Estado en los grupos focales se manifestó que éstos se hacen evidentes a través de programas como Familias en Acción y Red Unidos⁸ que ofrecen subsidios y apoyo a la población más pobre para acceder a diversos servicios estatales. Las evaluaciones de estos programas, en especial de Familias en Acción, a nivel nacional muestran resultados positivos en relación con logros educativos y nutricionales (Ayala y Endara, 2005; Consejo Nacional de Política Económica y Social – República de Colombia – Departamento Nacional de Planeación, 2005; Presidencia de la República de Colombia, 2008b; Unión Temporal IFS- Econometría S.A.- SEI S.A., 2006). A nivel local, los habitantes resaltan el apoyo que ofrece este programa para educación y nutrición de niños y jóvenes, y que muchas mujeres utilizan adecuadamente estos recursos. Sin embargo, también observan que varias mujeres que reciben el subsidio lo utilizan en cuestiones distintas a educación y nutrición de sus hijos, como en gastos personales (salón de belleza, licor). También se reportan casos de mayor violencia en el hogar, dado que el hombre le pega o amenaza a la mujer para que ella le dé el dinero que recibe del programa.

35

8 La Red Unidos, antes Red Juntos, busca promover acciones coordinadas para reducir significativamente la desigualdad y la pobreza extrema en Colombia, a través del fortalecimiento y la construcción de capacidades para promover su propio desarrollo.

RETOS Y PERSPECTIVAS DE FUTURO

36

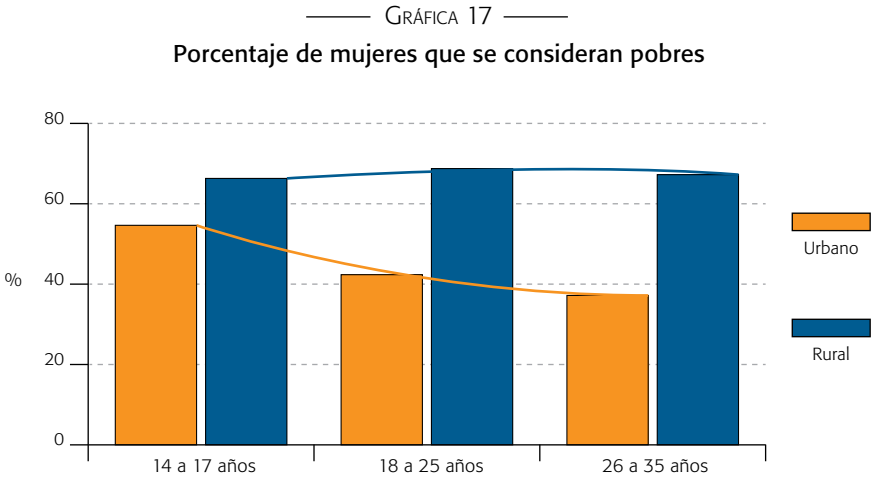
Toda esta situación de vulnerabilidad de las mujeres jóvenes rurales impacta también las expectativas que ellas mismas tienen sobre su realidad. Esta población comienza a percibir una falta de progreso y por tanto empieza a caer en el pesimismo.

Las personas del campo en Colombia tienden a tener una percepción más negativa sobre su realidad. En particular, las personas rurales consideran con más frecuencia que su situación ha empeorado en los últimos años, que sus ingresos no alcanzan para cubrir los gastos del hogar, y que son más pobres. La Gráfica 17 ilustra el porcentaje de mujeres que se consideran pobres por grupos de edad y por ubicación geográfica. Hay una misma proporción de mujeres rurales que se consideran pobres por cada grupo de edad. No obstante, la brecha de las percepciones se profundiza pues dicha percepción decrece para las mujeres urbanas de las generaciones mayores.

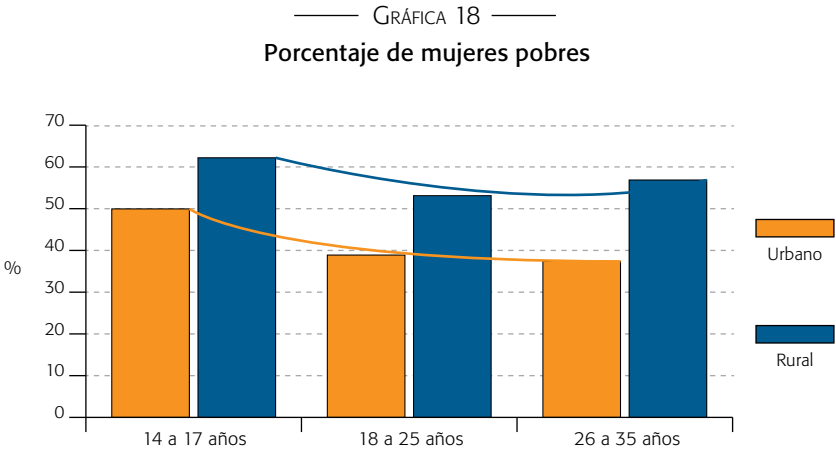
Es evidente que, sin importar la edad, las mujeres rurales se sienten vulnerables y carentes de recursos. Aunque acá no se presentan los datos, al observar las mujeres que piensan que la situación no ha mejorado o que los ingresos no les alcanzan para vivir, sucede lo mismo que en la gráfica anterior. Por el contrario, las mujeres urbanas, conforme aumenta su edad, perciben una realidad mucho mejor. Estas últimas parecen progresar con el paso de los años y, por ende, son más optimistas.

Estas percepciones no están tan alejadas de la realidad misma. En efecto, las mujeres rurales son más pobres que las mujeres urbanas, y estas últimas, a medida que aumentan su edad, son menos pobres. La Gráfica 18 muestra la cantidad de

mujeres jóvenes pobres por grupo de edad y ubicación geográfica⁹. Se resalta que, como era de esperarse, hay una brecha de pobreza entre las áreas urbanas y rurales. Asimismo, hay diferencias en el nivel de pobreza por edades. Para las mujeres rurales, aquellas de 14 a 17 años presentan un mayor nivel de pobreza. Sin embargo, este nivel desciende entre los 18 y 25 años y vuelve a aumentar de los 26 a 35. En contraste, las mujeres urbanas a medida que crecen van saliendo de la pobreza.



Fuente: ECV 2010



Fuente: GEIH 2010

9 Definimos como pobre a aquella persona cuyo hogar percibe mensualmente menos de 123.502 pesos colombianos y habita en zonas rurales, o que percibe mensualmente 206.894 pesos y habita en zonas urbanas

Para las mujeres rurales jóvenes, la pobreza del campo también tiene que ver con el hecho de que las actividades de las personas que viven en áreas rurales no son valoradas. Así mismo, dicen que la pobreza proviene de la falta de capacitación y de aprovechar adecuadamente los conocimientos y habilidades que se tienen. Las mujeres entrevistadas dicen no ser pobres en este sentido, dadas las características de empuje y trabajo, como ellas mismas se describen, aunque sí puedan tener condiciones de pobreza física y económica.

Las mujeres de 18 a 25 rurales son un grupo particular, puesto que sus percepciones de pobreza son más pesimistas que la realidad misma. Las expectativas y el pesimismo pueden afectar el esquema de incentivos de esta población influyendo en su decisión de migrar o no. El hecho de creerse pobres promueve la creación de estrategias que mitiguen su misma pobreza. En la Tabla 3 se presentan las mujeres que son pobres y que, a la vez, se sienten pobres: de las personas que sí se consideran pobres, el 74 por ciento efectivamente lo son.

———— TABLA 3 ————
Mujeres que se consideran y son pobres

	No Pobres	Pobres	Total
No se consideran pobres	7,187,217 59.95%	4,801,330 40.05%	11,988,547 100%
Sí se consideran pobres	2,638,012 26.12%	7,463,349 73.88%	10,101,361 100%
Total	9,825,229 44.48%	12,264,680 55.52%	22,089,908 100%

Fuente: ECV 2010

Al percibir la mejor situación de las mujeres urbanas, la población femenina rural entre 14 y 25 puede considerar la migración como una estrategia clave que mejore su situación. Las expectativas de las mujeres adultas rurales también impulsan la migración de las jóvenes. A pesar de la visión pesimista del progreso que tienen las primeras, ellas esperan que muchas condiciones de sus vulnerabilidades, como poca educación formal, falta de buenas opciones laborales y maternidad a temprana edad, se transformen positivamente en sus hijas e hijos. Por lo tanto, ven la migración como una buena alternativa.

Las mujeres rurales jóvenes, además de ser vulnerables, saben que lo son al considerarse pobres. Aunado a esto, los medios de comunicación les presentan una

urbanidad llena de oportunidades, que fomenta la creación de un “sueño urbano”. Bajo este esquema, existen todos los incentivos necesarios para que una mujer rural joven decida migrar a la ciudad y experimentar una nueva cotidianeidad. El componente cualitativo del estudio deja claro que uno de los deseos de las jóvenes rurales es migrar a las ciudades para buscar mejores oportunidades laborales y de estudio. Las mujeres jóvenes rurales que tienen hijos quieren “sacarlos adelante”, lo que las incentiva a migrar para conseguir un buen trabajo.

CONCLUSIONES

40

La información cuantitativa y el trabajo de campo realizado sugieren que Colombia presenta altas desigualdades. Estos altos niveles de desigualdad afectan a las mujeres rurales jóvenes de diferentes formas. Similar a sus contrapartes urbanas, las mujeres rurales jóvenes se educan más, trabajan un mayor número de horas y le dedican más tiempo a su hogar, en comparación con los hombres, pero las tasas de desempleo son más elevadas y ganan menos. Residir en áreas rurales implica, además, que sus inversiones en capital humano son menores, le dedican aún más tiempo a su hogar, la vinculación a los mercados laborales es menor, los ingresos son aun más bajos, están menos vinculadas al estado, son más pobres, y son más pesimistas. Es decir, que las brechas sociales se incrementan, en mayor medida, cuando la persona es mujer y cuando habita en zonas rurales.

Las nuevas generaciones de mujeres rurales parecen ser menos vulnerables que sus madres y abuelas. El nivel de vulnerabilidad aumenta, sin embargo, cuando hay menos recursos. Cuando el hogar es más pobre, se dificulta la creación de estrategias de mitigación del riesgo. Esto se evidencia, por ejemplo, en el menor acceso de las mujeres más pobres a los mecanismos para el control de la natalidad. Así pues, la vulnerabilidad creada por las brechas entre género y urbano-rurales se profundizan aún más en hogares pobres. Las mujeres de generaciones mayores enfrentan, empero, unas peores condiciones. A diferencia de sus las mujeres mayores de 35 años, las mujeres rurales jóvenes adoptan la migración como una estrategia para mejorar su calidad de vida. Las mujeres mayores de 35 años son menos educadas y con unos ingresos ligeramente mejores, e igualmente vulnerables que todas las mujeres rurales.

Es interesante anotar que las mujeres rurales esperan que sus hijas superen las barreras que ellas enfrentaron, y por lo tanto las incentivan para que terminen sus estudios y que posteriormente migren a las ciudades, donde creen que las oportunidades laborales son mejores.

Las mayores diferencias para las mujeres rurales jóvenes provienen de las brechas de género y urbano-rurales. Es muy difícil distinguir cuál exclusión pesa más sobre las condiciones actuales de las mujeres rurales jóvenes. Sin embargo, es evidente que, comparado a las otras dos fuentes de desigualdad (por edad y por nivel de pobreza), estas dos brechas causan la mayor disparidad y son, en todo caso, las más significativas.

Los resultados de este trabajo evidencian las condiciones de exclusión, pobreza y vulnerabilidad de las mujeres rurales jóvenes. Una estrategia que pareciera ser frecuente es la migración a las zonas urbanas debido a una mayor demanda por trabajo femenino poco calificado. Este fenómeno explicaría la presencia mayoritariamente femenina en las áreas urbanas, a diferencia de una ruralidad predominantemente masculina.

La migración puede cambiar las condiciones de las mujeres rurales y les permitiría generar ingresos adicionales. Sin embargo, esto provoca una fragmentación de la familia y un grupo de niños que crece bajo la responsabilidad de sus abuelos. Los cambios derivados de este proceso de urbanización son difícilmente cuantificables, pero serán abordados en los trabajos posteriores de esta investigación.

BIBLIOGRAFÍA

42

Calderón, V., Gáfaró, M. y A.M. Ibáñez. 2011. *Desplazamiento forzado, participación laboral femenina y poder de negociación en el hogar: ¿Empodera el conflicto a las mujeres?* Bogotá: Documento CEDE.

Hoyos, A., Ñopo, H. y X. Peña. 2010. *The Persistent Gender Earnings Gap*. Bonn: Institute for the Study of Labor (IZA).

Legrand, C. 1988. *Colonización y Protesta Campesina en Colombia 1850-1950*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Palacios, M. y F. Safford. 2002. *Colombia: País Fragmentado, Sociedad Dividida*. Bogotá: Editorial Norma.

Peña, X. y L. Olarte. 2010. *El efecto de la maternidad sobre los salarios femeninos*. Bogotá: Documento CEDE.

Tovar, H. 1995. *Que nos tengan en cuenta: colonos, empresarios y aldeas, Colombia 1800-1900*. Bogotá: TercerMundo.

United Nations. 2011. *Human Development Report 2011- Sustainability and Equity: A Better Future for All*.

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE

TAREA ASOCIACIÓN GRÁFICA EDUCATIVA

PASAJE MARÍA AUXILIADORA 156 - BREÑA

TAREAGRAFICA@TAREAGRAFICA.COM

WWW.TAREAGRAFICA.COM

TELÉF: 332-3229 FAX: 424-1582

FEBRERO 2013 LIMA - PERÚ



DOCUMENTOS DE TRABAJO DEL PROGRAMA NUEVAS TRENZAS

Nuevas Trenzas es un programa regional que busca generar y difundir conocimiento sobre quiénes son hoy en día las mujeres rurales jóvenes. Nos interesa conocer la evolución reciente de este colectivo, clave para las dinámicas del mundo rural, sus aspiraciones y expectativas, aquello que las conecta y aquello que las diferencia de sus madres y abuelas, los problemas y oportunidades que encaran y los retos que deben enfrentar para salir de situaciones de estancamiento y pobreza y acceder a una vida digna.

Nuevas Trenzas trabaja a partir del análisis de la situación de las mujeres rurales jóvenes en seis países de la región. A través de estos documentos de trabajo creemos que será posible propiciar políticas de desarrollo rural que cuenten en su diseño y ejecución con información concreta, contrastada y actualizada sobre las mujeres rurales jóvenes, que deje atrás los tópicos y las visiones estereotipadas sobre este colectivo.

La presente publicación muestra los hallazgos y lecciones del primer año de **Nuevas Trenzas** en Colombia.